

El Comercio

SUPLEMENTO DOMINICAL

LIMA, DOMINGO 31 DE ENERO DE 1954

34



El señor Sagal había sido gran amigo de mi padre; estaba por lo tanto en la obligación de visitarlo al saber que se hallaba convaleciente de una larga enfermedad. Al enterarse de mi presencia ordenó a su criado que me hiciera pasar. Lo encontré hundido en un amplio sillón repleto de almohadones junto a una ventana por la que penetraba el tibio sol de otoño. Cerca, al alcance de su mano, había una pequeña mesa sobre la que descansaban en desorden, junto con varios objetos, unas cuantas revistas las que, según decía, constituían su única distracción en sus largas horas de soledad y hastío. Sobre la mesa había también un retrato que llamó mi atención porque el borde inferior del cartón que lo contenía mostraba una mancha ocre casi negra, igual a la que deja la yema del pulgar en las páginas de los libros que durante muchos años han sido leídas muchas veces cada día. Inconscientemente a ratos con curiosidad otros, mi mira-

da se sentía atraída por aquel retrato de mujer la que evidentemente había jugado un importante papel en su vida. En esto pensaba yo a intervalos de nuestra charla cuando se hacía el silencio al terminar un tema para iniciar otro nuevo; era entonces cuando con mayor persistencia mi indiscreta mirada volvía a posarse sobre aquella estampa, el nombre de cuyo original posiblemente no me era desconocido por los relatos que mi padre solía hacerme de algunos pasajes de su juventud en los que sonaban siempre los nombres de sus íntimos amigos junto a los de algunas jóvenes damas. Adivinando mi pensamiento a la vez que poniendo en mis manos el objeto que tan obstinadamente había despertado mi interés, me dijo al fin: "Es el recuerdo que me dejó una amiga a la que no he vuelto a ver; me lo obsequió cuando nos dijimos adiós quizá para siempre. Es una historia sentimental que nunca podré olvidar. ¿Quiere usted que se la cuente?"

Comenzó así:

Era yo bastante joven aún cuan-

do fui nombrado inspector de sucursales de la empresa a la que prestaba mis servicios. Las dependencias que me correspondía visitar estaban instaladas en centros comerciales de relativa importancia en los que debía permanecer todo el tiempo que fuera necesario para revisar, controlar y hasta para reemplazar provisionalmente a los jefes que por uno u otro motivo solicitaban licencia o cesaban en el cargo.

El pueblo de..., a dos días y medio de camino de herradura del rico mineral de plata "Santa Brígida" es quizá uno de los lugares más pintorescos del interior. Tiene una linda campiña que por el lado sur parece infinita cuando se la mira de lejos al bordear el cerro por el que el viajero desciende. Hacia la derecha, frondosa vegetación silvestre salpicada de flores rojas y amarillas se alterna con las plantaciones de trigo y maíz que en cuadriláteros irregulares se disputan con aquella la supremacía de no dejar palmo de tierra al descubierto. Al fondo, al pie de las colinas tras las cuales se dibujan majestuosas las altas

cumbres de los Andes, se ve brillar el río que serpenteando avanza lentamente copiando en el cristal de sus aguas, a la par que el color del cielo, el verde follaje de los arbustos en flor y las esbeltas cañabravas que crecen a su vera y que se mecen a impulsos del viento. Al centro de este paisaje y coloreado por los rojizos techos de sus casas se levanta el pueblo. Sus calles aunque irregulares y estrechas son limpias y primorosamente empedradas. Sus construcciones pequeñas y por lo general de un solo piso, lucen en sus enlosados patios tiestos de barro cocido donde florecen los rosales y los claveles y jaulas colgadas en las paredes donde cantan los ruiseñores.

La pequeña plaza del pueblo era un lugar tranquilo y acogedor. Allí me dirigía todas las tardes después de terminar mis ocupaciones. En mi diario paseo encontraba siempre, sentados en una banca, a una mujer joven de aspecto distinguido junto a un caballero de edad avanzada que usaba anteojos ahumados; delante de ellos, corriendo y rebotando sin cesar, estaban dos lindas chiquillas de corta edad y que parecían gemelas a juzgar por la pequeña diferencia de edad que había entre ambas. Así las veía siempre y cuando se apartaban un poco la joven acudía de prisa y después de amonestarlas las hacía volver al lugar cuyo límite les había señalado para sus juegos. Una tarde, cuando me aproximaba al banco que ocupaban, una de las chiquillas perseguida por la otra en desenfrenada carrera, vino hacia mí. Tuve que detenerme para evitar el brusco encuentro; me incliné y extendiendo los brazos la contuve en circunstancias que la joven dando muestras de impaciencia, de prisa y casi corriendo, vino a darme sus excusas. Un nuevo incidente parecido al que acabo de citar dió motivo para que nos hiciéramos amigos. Fue entonces cuando me presentó al señor de anteojos ahumados, invitándome

Después a que tomara asiento junto a él. Después de cambiar algunas

palabras de cumplido les expliqué el motivo de mi presencia en aquel pueblo; ponderé la benignidad de su clima y en seguida, para ser cortés, me referí a las bondades de la joven que se manifestaban —dije— a través de los mimos y cuidados con que trataba a las dos pequeñas. El caballero de los anteojos ahumados asentía mis palabras con leves movimientos de cabeza; tenía apoyadas las manos en su bastón y un ligera sonrisa no se apartaba de sus labios al escuchar los elogios que en tal sentido continuaba yo haciendo. La

joven, sentada a su lado, tenía asidas de las manos a las dos chiquillas que porfiadamente luchaban por verse libres. Aprovechando de esta circunstancia la joven se puso de pie para decir: "Es necesario que me las lleve a fin de que puedan ustedes hablar con tranquilidad". Al verlas partir de prisa y alegremente cogidas de la mano, ella en medio de las dos pequeñas, me hacía la impresión de que las tres eran de la misma edad. A lo lejos, después, oía sus risas cristalinas alternadas con exclamaciones de júbilo y me convencía de que ella, la mayor de las tres, era la que más disfrutaba con esa corta libertad.

La conversación con mi nuevo amigo me resultó amena e interesante y pronto pude darme cuenta de que era ciego. En efecto, hacía pocos años que había perdido la vista a causa de un accidente. Supe, asimismo, que por razón del clima se hallaban allí y no en la mina de la que era ingeniero su hijo, el esposo de Marisa —así se llamaba la joven— y que

por tal motivo él, el ingeniero, solía visitarlos con relativa frecuencia, cuando las condiciones de su trabajo se lo permitían.

A pesar de ser reciente, nuestra amistad se había hecho ya estrecha; don Rodrigo —tal el nombre del suegro de Marisa— hallaba consuelo y satisfacción charlando conmigo —así me lo expresaba repetidamente— y yo, a la vez que compartía de esa satisfacción, me sentía también contento al poder hacer gratos algunos momentos de la vida de mi nuevo amigo. Por lo demás, su conversación era amena y en su voz había esa modulación dulce y suave que unida a la sólida instrucción que poseía hacían de él el compañero irremplazable para pasar agradables ratos. Marisa, por su parte, se sentía dichosa cuando me veía llegar; conversaba un momento con nosotros y luego solicitaba nuestro permiso para llevar a sus pequeñas por ahí cerca a fin de que sin causarnos molestias retozaran un poco. De esta suerte —así lo imaginaba yo— podía, ella a su vez, desahogarse por breves momentos del yugo a que estaba atada al tener que cuidar y atender constantemente a su suegro al que hasta de lazarillo debía servir. Cuando volvía de sus cortos paseos, radiantes sus ojos y encendidas sus mejillas en señal de bienestar, me sentía satisfecho de haber contribuido con mi presencia a que tales ratos de inocente expansión hubieran podido realizarse.

Un sábado —lo recuerdo muy bien— al ingresar a la plaza a la hora de costumbre, vi que mis amigos no se hallaban solos; con ellos estaba un señor que vestía

traje de montar y que llevaba un sombrero de fieltro de amplias alas. Avancé por mi camino de siempre y no deseando ser indiscreto me conformé con saludarlos, sin detenerme, al pasar por delante de la banca en que estaban sentados. Marisa entonces al responder a mi saludo agregó con entusiasmo: "Venga para presentarle al que va a ser un nuevo amigo suyo". Me aproximé al grupo y al tender mi mano al desconocido me di cuenta de la rara actitud con que me recibía. La joven, tratando de reprimir mi extrañeza y de enmendar el proceder de su acompañante, agregó con naturalidad: "El señor es el

excelente amigo de quien tanto hemos hablado papá y yo". El desconocido balbuceó algunas palabras que no alcancé a escuchar y luego, después de un silencio desconcertante, se puso de pie para decir secamente: "Ya es hora de que nos marchemos. Vamos, padre; y tú, mujer, haste cargo de las niñas". Hubiera deseado proceder conforme lo requería el caso pero mi consideración al buen señor que indudablemente condenaba el comportamiento de su hijo y, más aún, el temor de agravar la situación que a no dudar repercutiría en perjuicio de la joven, hizo que volviera la espalda a aquel hombre y que continuara mi camino no sin antes despedirme de ella con una leve inclinación de cabeza.

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Fija en mi mente estubo la imagen de la joven que tan abnegadamente y sacrificando los mejores años de su vida cuidaba y atendía al anciano ciego tal como si fuera su propio padre; recordaba su esbelta figura siempre elegante y distinguida a pesar de la sencillez de sus vestidos cuyos tonos hacían juego con el color de sus ojos claros y serenos; y con la precisión y nitidez con que se graban en nuestra alma las emociones más intensas, recordaba también su sonrisa, sus ademanes, el óvalo perfecto de su faz siempre risueña y a mis oídos llegaba el eco de su voz dulce y cariñosa que en vano trataba de variar cuando pretendía reprender a sus pequeñas.

Al siguiente día tomé la resolución de abandonar el pueblo lo antes posible. Consideraba absurdo mantener en mi corazón el nuevo sentimiento nacido de la simpatía que ella me había inspirado desde que la vi por primera vez, posiblemente sin sospecharlo siquiera.

La mañana anterior a la de mi partida me dirigí a la oficina de correos frente a la cual estaba situada su casa, y al salir, en el zaguán, me di con la sorpresa de encontrarla. ¿Era casual ese encuentro? Posiblemente; aunque re-

cordaba que en una ocasión le había hecho saber que acostumbraba franquear personalmente mi correspondencia y echarla al buzón el mismo día en que eran despachadas las valijas al lugar de su destino. Al verme palideció y en medio de su turbación sólo atinó a decirme que en las tardes anteriores me había extrañado mucho. En el corto cambio de palabras que tuvimos me dijo también que hacía tres días que "él" se había marchado a la mina. Creyendo entonces acertar en lo que para mí era evidente, tuve la torpeza de decirle: "presumo que ahora estará usted más tranquila". Ella, bajando la cabeza, sonrió sin responder. En aquel instante me arrepentí de haber escrito a mi jefe diciéndole que habiendo terminado mi labor marcharía al día siguiente con rumbo a otra dependencia. Así se lo hice saber a ella también. La inesperada noticia le produjo un sobresalto; quiso decirme algo pero no pudo y su triste mirada quedó fija en la mía.

En la tarde volvimos a reunirnos en nuestra banca de siempre y una nueva persona se unió al grupo nuestro: era una amiga vecina que ella había llevado para que entretuviera a las chiquillas. Nuestra conversación, entrecortada y sin entusiasmo, daba lugar a largos silencios. Don Rodrigo, el suegro de Marisa, exclamaba a menudo: "Crea usted que lo voy a extrañar de veras". Ella entonces ponía en mí su mirada por breves instantes, para luego, abstraída, volverla a fijar en un punto cualquiera del suelo.

Sonó por fin la hora de separarnos y al llegar a su casa a donde los acompañé, me despedí de mi buen amigo con estrecho abrazo; la joven lo tomó de la mano y lo condujo a sus habitaciones después de indicarme por medio de un ademán que pronto saldría a reunirse conmigo. En efecto, así fué; salió de prisa para unir su mano temblorosa a la mía y para entregarme ese retrato que ha dado motivo para que le refiera esta historia sentimental. Al dármele me dijo simplemente: "Para que nunca olvide a su amiga". Grabado tengo en mi corazón el instante en que ella, desde la puerta y yo desde la esquina de su calle, nos dimos el último adiós.

Después de un corto silencio el señor Sagal agregó: Pero la historia no termina aquí.

—Volvió usted a verla? le interrogué con curiosidad.

—Nó, me respondió.

Y apoyando las manos en los brazos de su asiento para cambiar de posición, prosiguió: Una tarde, cuando menos imaginaba que ella se acordara aún de mí, un viajero me buscó para cumplir —según dijo— el encargo de una amiga. Sin darle tiempo para que prosi-

guiera le pregunté con ansiedad si se trataba acaso de Marisa. Me respondió que sí, agregando: "Reiteradamente me ha pedido que lo visite y que luego le dé sus noticias". Y con acento que subrayaba la certeza de sus palabras, continuó: "Crea que su mayor anhelo es volverlo a ver o, por lo menos, saber si usted también la recuerda". Me dijo además que su esposo había muerto y que sus hijas, ya casadas, habían marchado al extranjero.

Hubo un corto silencio. El señor Sagal consultó su reloj y en seguida se llevó a los labios un comprimido que extrajo de un tubito de cristal bebiendo luego dos tragos de agua; después me dijo: Ya ve usted si tengo o no razón de conservar con cariño el retrato de esta amiga. Me atreví a preguntarle si le había escrito después que habló con el viajero. Cuando pensé hacerlo caí enfermo, me contestó. Aún hay tiempo, le repliqué. Sonrió con tristeza y luego, lanzando un profundo suspiro, me dijo: Ya estamos viejos y por eso es mejor que continuemos ambos alimentando una esperanza, una ilusión o mejor dicho un buen recuerdo: yo, imaginándola tal cual la contemplo en este retrato y ella viendo aún en mí al mozo sano y fuerte que una tarde, con profundo dolor, le dió su último adiós en un pueblo lejano, desde la esquina de una calle solitaria.